



Deja atrás lo conocido

Hace muchos años, en la sabana de África, sucedió algo extraordinario. Una hormiga, más pequeña que una gota de lluvia, encontró la fortaleza, el poder y la determinación que necesitaba para mover un elefante de tamaño colosal.

“¡Eso no es posible!”, me dirás. “Sencillamente no hay forma de que una hormiga mueva un elefante.”

Pero esta historia es absolutamente verídica.* Después de meses y meses de una exploración personal muy tenaz, Adir (una hormiga macho bastante aprensiva), aprendió a controlar el poder de su subconsciente; es decir, a su compañero de equipo, el elefante Elgo. Al hacerlo, Adir no sólo aprendió más sobre sí mismo, también supo qué necesitaba para convertirse en un líder al que valía la pena seguir.

Por supuesto, ninguna hormiga —ni hombre, claro— es una isla. De no ser por el paciente entrenamiento de un viejo y sabio búho llamado Brio (cuya voz suena inquietantemente parecida a la de James Earl Jones**), los sueños de Adir de tener un mejor futuro, tal vez, jamás se habrían vuelto realidad. Con la ayuda de Brio, Adir descubrió lo que significa ser líder por sí mismo. Y sobre todo: aprendió

* Imagina que te hago un guiño cómplice.

** Piensa en Mufasa, no en Darth Vader.

que ese conocimiento personal tan importante, le permitiría convertirse en líder para otros.

Adir y Elgo cambiaron el curso de sus vidas. Y después de conocer lo que Brio compartió con Elgo, tú también podrás cambiar el rumbo de la tuya.

Ésta es una historia extraordinaria.

Inspiradora.

Una historia que sin duda te beneficiará.

Y todo comienza con una tormenta terrible...



Una noche, ya muy tarde, Adir dormía apaciblemente en su cama cuando, de pronto, lo despertó su amigo Charlie.

—¡Adir! ¡Adir! —jadeó Charlie al mismo tiempo que lo sacudía—. ¡Hay una tormenta muy fuerte y debemos asegurarnos de que estén protegidas las provisiones!

Adir, que había estado sumergido hasta entonces en la agonía de un sueño muy denso, se levantó de la cama de muy mal humor. Se talló los ojos, siguió a Charlie y ambos salieron del hormiguero.

Cuando estuvieron fuera, Adir se dio cuenta de que toda la colonia había sido convocada para ayudar en esa importante labor. Observó a sus amigos y colegas corriendo, tratando de llevar la comida y las provisiones del terreno que estaba siendo arrasado por el viento, a un lugar protegido. Mientras trabajaban, la lluvia y el viento arreciaron. No pasó mucho tiempo antes de que se diera cuenta que la situación era un caos. Muchos de sus colaboradores corrían en círculos como hormigas recién decapitadas.*

* O gallinas recién decapitadas. Tú me entiendes.

— ¡Van hacia el lado equivocado! — les gritó Adir. Quien se abrió paso hasta llegar a una parte elevada y, tratando de proyectar su voz por encima del bramido del viento, gritó — ¡Sígueme! ¡Así será más sencillo!

Pero sin importar cuán fuerte gritó, las otras hormigas no lo siguieron. Entonces tensó aún más la voz y trató de captar su atención agitando las cuatro patas frontales; pero siguieron sin prestarle atención o, sencillamente, ignorándolo.

De repente un enorme relámpago iluminó el cielo. En ese instante Adir se detuvo para mirar a la colonia. La electrificante luz capturó el caos, era como si todas las hormigas se hubieran quedado congeladas en el tiempo.

Aquella fue la última imagen que vio Adir de su colonia por muchos meses, ya que, en ese momento, una impresionante ráfaga de viento lo levantó por el cielo. La hormiga sintió como si estuviera volando; por un rato navegó y se fue golpeando en el aire. Cuando acabó esa ráfaga, comenzó otra. Y luego otra. Y otra más.

La lluvia se prolongó con fuerza sobre la tierra y los vientos no dejaron de silbar en la planicie. Era imposible saber cuán a la deriva estaba Adir, ya que, en medio de la absoluta oscuridad de la noche y del vigor de la tormenta, había perdido toda forma de orientarse. Cuando finalmente el viento lo depositó sobre la tierra, se escabulló hasta la protección que le brindaba un barranco. Ahí colapsó el golpeado cuerpo de la hormiga quien, de inmediato, cayó en un profundo sueño.

Adir no sabía que aquel suceso le cambiaría la vida para siempre. Lo alejó de las comodidades que conocía en su colonia y le dio la oportunidad de ver la vida desde otra perspectiva. De hecho, de no haber sido por aquella espantosa tormenta, Adir jamás habría descubierto el Oasis.



Cuando Adir despertó y descubrió la calma tras la tormenta de la noche anterior, entre otras muchas cosas, se sintió *confundido*. Se talló los ojos, bostezó y, casi de inmediato, se dio cuenta de que estaba en un lugar desconocido para él. El terror de la noche anterior se apoderó de nuevo de la hormiga y, en ese preciso momento, comenzó a sentir una gran ansiedad e incomodidad en la boca del estómago. Miró alrededor pero no vio a ninguna de las otras hormigas. De hecho, no vio evidencia alguna que probara que la colonia alguna vez existió. Exploró el terreno en la cercanía pero no detectó ningún rastro que llevara a casa.*

El vacío empezó a consumir a la hormiga. Se sentía increíblemente solo y derrotado. La realidad de su situación se evidenció con la misma rapidez que sale el sol en la sabana africana. Sin su colonia, Adir no sabía qué hacer y, mucho menos, cómo ocuparía sus días y sus noches. Tal vez lo más atemorizante de todo era que, al no pertenecer a la colonia, no tenía ninguna misión ni objetivo. Se quedó observando el fulgurante charco de agua de lluvia, único residuo de la tormenta de la noche anterior. Mientras contemplaba su reflejo se dio cuenta de que, sin la colonia, no estaba muy seguro de *quién* era.

La pregunta sobre el objetivo de su vida hizo eco en la mente de la hormiga. ¿Cuál era su objetivo en la colonia? Reflexionó mucho tiempo sobre esa pregunta porque, después de todo, ¿qué haría ahí, en esa tierra estéril?

* Ésta es una de esas historias en que las hormigas pueden hablar pero no tienen acceso a Google Maps.



A lo largo del primer día que pasó solo, Adir sintió que su cerebritito no dejaba de palpar, lo que lo angustió bastante.

Antes de separarse de la colonia podía decir, con gran seguridad, que cumplía su trabajo dignamente. Era confiable en todos los sentidos y las otras hormigas sabían que era un buen elemento, con buenas intenciones y disposición para trabajar con ahínco. Incluso, poco tiempo antes, la reina lo había ascendido a un puesto en el que tenía que hacerse cargo de toda una delegación de hormigas. Pero la verdad era que Adir nunca se sintió cómodo con su nuevo papel. A menudo daba alguna instrucción y los integrantes de su equipo lo veían con la mirada vacía, como si no supieran qué hacer con la información.

Inspirarlas parecía demasiado difícil, es más, imposible. Adir no sabía cómo comunicar su visión de manera efectiva. A veces, cuando trataba de entusiasmar a su equipo para realizar cierta tarea, se sentía tonto. Por supuesto que podía dar un buen discurso pero, en realidad, él nunca se creía lo que decía. Sobra decir que las cosas no le habían salido muy bien últimamente. Justamente, la semana anterior la reina le había pedido que fuera a su nido para informarle que su delegación tenía “bajo desempeño”, y que más le valía encontrar la manera de “solucionar el problema” o habría “consecuencias”. Y claro, se lo dijo con esa forma tan arrogante con la que siempre se expresaba.

Pero ahora, solo y alejado de sus amigos y colegas, Adir tenía la oportunidad de ser honesto consigo mismo: él jamás se sentía involucrado en los resultados que tenía la colonia.* Esto le preocupaba porque sabía que tenía mucho que

* Excepto por las acciones del mercado de valores que le correspondían, por supuesto.

ofrecerle al mundo y, en particular, a su equipo de hormigas obreras. Tal vez si se esforzaba más, haría que la colonia fuera un mejor lugar para vivir y trabajar. Pero, ¿qué significaba eso con exactitud? ¿Cómo podía esforzarse más? ¿Y en *qué* debía hacerlo? Se sentó rígidamente y miró a lo lejos. Observó con cuidado a su alrededor y sintió la promesa de que él mismo produciría grandes resultados.

“¿Acaso no siempre sucede así?” murmuró, al mismo tiempo que golpeaba con fuerza el suelo con una de sus patitas. “Ahora que descubro qué pude hacer mejor, ya es demasiado tarde. ¡Demonios! ¿A quién trato de engañar? ¡Jamás encontraré a mi colonia! Incluso si lo hiciera, no puedo cambiar nada, en especial por el tipo de hormiga que soy...”

Adir se encorvó al decirse esto. Se sentía derrotado, sin esperanza y profundamente triste.



El tiempo pasó y la hormiga comenzó a llenar sus días con una rutina tediosa. Tenía la impresión de que todo lo que hacía era asegurar su supervivencia, ni más ni menos. Lejos habían quedado los días en que podía socializar con sus amigos y colegas a la hora del descanso. Como era una hormiga solitaria, siempre tenía mucho que hacer; sin embargo, muy a menudo sólo realizaba las acciones necesarias para pasar el día y llegar al siguiente.

Por las mañanas llevaba a cabo su rutina de siempre; se aseaba las patitas y luego el cuerpo entero, peinaba muy bien las antenas y cepillaba sus tenazas. Se preparaba para levantar la carga común: unas cincuenta veces el peso de su cuerpo y, tristemente, sin siquiera darse cuenta, se acostumbró a la hostilidad del entorno y a la soledad.



A pesar de que le costaba mucho trabajo hacerlo, Adir pudo encontrar algo de alimento en los inhóspitos alrededores. A veces, mientras buscaba su siguiente comida por todos lados, miraba hacía lo lejos y notaba la forma en que la tierra gris contrastaba con el deslumbrante azul del cielo. De manera inevitable, la vista lo llenaba de un sentimiento de añoranza y arrepentimiento, sensaciones que persistían y lo fastidiaban durante la noche. “Debe haber más en la vida que esto”, pensaba mientras observaba las fulgurantes estrellas. “La vida debería ser un viaje de realización, no sólo una lucha para sobrevivir.”

**La vida debería ser
un viaje de realización, no sólo
una lucha para sobrevivir.**

Pero entonces, una tarde, un gran cuervo descendió en picada hasta él y comenzó a picotear la pila de comida que Adir había reunido. Como el ave era mil veces más grande que él, Adir decidió acercarse con cautela.

—Disculpe —le dijo con el mayor volumen posible que le permitía su voz, libre de cualquier tono de confrontación—. ¡Eehh, señor, creo que se está comiendo mis alimentos!

El ave miró de arriba a abajo con una frialdad en los ojos que hizo que el cuerpecito de Adir se estremeciera.

—¿Y? ¿Qué? ¿Vas a hacer algo al respecto?

—Oh, no, no, no... —dijo Adir en tono de disculpa—. Sólo quería, eehhh... asegurarme de que los estuviera disfrutando. Eso es todo.

—Gracias —El ave se rió burlescamente y miró a la hormiga con un aire despectivo. —Pero no estoy gozando tu comida. Voy camino al Oasis y la comida allá es mucho mejor de lo que tú tienes aquí, así que puedes conservarla.

Adir enderezó las antenas con mucho interés.

—¿El Oasis? ¿Qué es eso? —Jamás había escuchado nada del Oasis...

—¿No conoces *el Oasis*?* —El ave se rió—. ¡Ah! ¡Qué bromista! El Oasis es el mejor lugar del mundo. Eso es todo. Es como el paraíso. De hecho, es mejor que el paraíso; es como el *cielo* mismo. Todo lo que jamás hayas podido soñar, como cocos, papayas y mangos, *simplemente cae de los árboles*. Es la tierra de los rayos del sol y de los exuberantes campos verdes. Lo mejor de todo es que es un lugar en el que todo fluye... Cualquier cosa que desees o sueñes, sucede en el Oasis.

El cuervo parpadeó con tan sólo pensar en ese lugar mágico, pero, de repente, se dio cuenta de que Adir lo veía fijamente y, entonces, recobró la compostura y salió de la ensoñación. Luego observó alrededor y, en un tono malicioso, agregó:

—No se parece en nada a este lugar, ¡te lo aseguro!

—¡Suenas *genial*! —dijo Adir—. ¿Vas hacia allá ahora?

—Por supuesto que sí. —El ave le dio la espalda a la hormiga y se preparó para emprender el vuelo.

—¿Me llevarías? O, por lo menos... hmm, ¿me podrías decir cómo llegar ahí? —chilló Adir.

El cuervo inclinó hacia un lado la cabeza, sobre sus alas, y parpadeó.

* Los cuervos parecen ser bastante arrogantes.

—¿Y exactamente por qué habría yo de hacer tal cosa, *hormiguita*?

Y tras decir eso, se fue volando.*



Después de escuchar al cuervo describir el Oasis, Adir se moría sólo de pensar en ese lugar. De hecho, comenzó a soñar con el Oasis día y noche. “¿Cómo será?”, se preguntaba. “¿Cómo será en realidad esa Tierra mágica? ¿Es una tierra de luz solar, cielos azules y oportunidades? ¿Estarán ahí mis compañeras hormigas? Seguramente, sí. Si el cuervo está en lo cierto y el Oasis es como el paraíso, entonces la gran vida que deseo, esa vida que me conducirá más allá de la cotidiana batalla por sobrevivir, se encuentra ahí, esperándome.”

Adir estaba seguro de que si lograba encontrar una manera de llegar allá, sus sueños se harían realidad y todos sus problemas se resolverían. Entonces, llegar al Oasis se convirtió en su objetivo, en su misión y en su sueño más apasionante.

Se sintió mejor de lo que había estado en muchos meses. Tal vez separarse de la colonia tenía un lado positivo. Quizá la tormenta lo había alejado de la zona cómoda en donde vivía para dejarlo caer en un nuevo mundo desbordante de posibilidades. La única pregunta que ahora tenía Adir era cómo volver su sueño realidad.

* Si las hormigas tuvieran dedos, nuestro pequeño héroe le habría hecho una seña obscena al cuervo en ese momento.